ENRIQUETA OCHOA

La vejez

Hoy los copos de la nieve caen
venciendo el resorte de las articulaciones.
Corro hacia el rumor de un jardín lejano
en donde amanecían las flores nítidas
del ciruelo, cuando la infancia...

La vejez tiene un aliento de harapo perdido
en el ojo vacío de algún páramo.
Aquí se redondea, sabiamente, la quietud
y bajo esas altas bóvedas
oramos,
porque la soledad es arisca,
muerde,
arranca el pedazo de vida que nos queda
y lo sacude con su gran hocico,
lo triza con sus garras
y uno es tan pequeño,
tan desvalido en esta hora
en que se extingue la mirada,
se difumina el contorno de las cosas.
En que tiembla como junquillo endeble
el sostén de las piernas,
en que el dolor y el frío hienden los huesos
como cuchillo de sirena ululando en la niebla.
He aquí cómo regresamos
hechos un andrajo de la gran contienda
limpiando con lentitud nuestra ancha sombra,
rompiendo ligaduras
conscientes de que ha concluido
este ciclo de obligada línea.